



A. BERNABEU PÉREZ

EL 7 DE MARZO Y DES-
PUÉS DEL 7 DE MARZO
DE 1916, EN LA UNIÓN

RELATO VERÍDICO

PRECIO: 15 CÉNTIMOS





A. BERNABEU PÉREZ

EL 7 DE MARZO Y DES-
PUÉS DEL 7 DE MARZO
DE 1916, EN LA UNIÓN

RELATO VERÍDICO

PRECIO: 15 CÉNTIMOS



DEDICATORIA

A mis queridos padres en prueba de la infinita idolatría que les tengo, y a los mineros de la zona de Cartagena y La Unión, en prueba de amistad dedico este modesto y humilde escrito.

El Autor



Dos palabras

Lector:

Poco o nada nuevo podrás extraer de todo cuanto leas en esta modesta obra y por ende quizá sea un adfesio el haberla escrito; pero yo no he vacilado en ello, porque si real y verdaderamente todo cuanto aquí hase escrito está dicho y harto sabido, nunca es incógruo refrescar la memoria con lo que no debe olvidarse.

Por consiguiente, si de este montón de prosa vulgar y monótona no puedes utilizar nada, no puedes aportar un rayo de luz a tu cerebro, si doy por descontado que, al leerlo, tu lucha contra la burguesía será más brusca, más encarnizada y el odio que hacia ella sientas será inmenso e irreductible.

Antonio Bernabeu

¿Prólogo?

Lector amigo: Tal vez creyéndome con las aptitudes necesarias, hase empeñado mi entrañable amigo Bernabeu, en que sea yo el encargado de abonar el impropio trabajo desarrollado por él en este librito avalorándole con un a modo de prólogo o introducción, cosas ambas que yó, franca y sinceramente te confieso, no las sé hacer.

Y si en estas toscas líneas no hallares el simil o parecido que debiera tener, comparado a trabajos de tal indole hechos exprofeso por sesudos literatos maestros en el arte de escribir, quedas por la precedente advertencia relevado de sorpresas, y habré logrado, por mi parte, el fin que al hacerla heme propuesto.

Sentado lo que antecede, con la pretención de que sirva de disculpa a mi atrevimiento, entro en materia abrumado el magin de dolorosos recuerdos, consumida el alma por la inextinguible llama de amor inmenso hacia los caidos, eternas victimas de un regimen vetusto, cimentado sobre el dolo, la miseria y la estulticia, aureolado de crímenes, infamias e injusticias mil..., y;

Circunscribiéndome al objeto que mueve mi pluma, atento a darle una idea, pacientísimo lector, del sencillo relato que te ofrecemos de unos hechos que pasaron a la posteridad dejando honda huella

en la entraña de un pueblo honrado y laborioso, esquilado, injuriado y calumniado por los inmundos sapos de la pestilente y cenagosa charca política, defensores de privilegiados sin entrañas, de innobles intereses de encumbrados señores, emanados todos ellos del robo, la explotación y el inicuo despojo efectuado por el fuerte contra el débil, amparados en draconianas leyes dictadas por hombres de su misma condición, microcéfalos que, al concebir las y dictarlas, solo han tenido en cuenta el estrecho circuito que la opulencia, el despilfarro y el continuo banqueteo describe en su derredor; que para nada al hacerlas tuvieron ni pudieron tener en cuenta los millones de infelices que habían de ser pasto de los grandes agiotistas, negociantes sin escrúpulos que cimentan el medro de sus colosales caudales en la anemia de los pueblos, en la miseria, el dolor y el hambre de infinitos hogares proletarios.

El 7 de Marzo en *La Unión*, sintetiza una de esas épocas en que el malestar, producido por la insana y abominable avaricia de los potentados, ha culminado, levantando al unisono millares de trabajadores en demanda de una mejora tan legítima como mezquina, una participación infinitesimal de las exhorbitantes ganancias que mediante su esfuerzo obtienen los Cresos españoles y extranjeros; y del abominable crimen sin causa ni fundamento consumado en aquel día, es la reseña escuela y verídica que contiene este librito escrito por un protagonista de aquella jornada inolvidable.

La necesidad de rememorar aquella fecha, junto

al deseo de legar a la historia del proletariado la exacta visión de aquellos hechos consumados por los sayones de los verdugos del pueblo, ha sido el móvil impulsor de esta modesta obrilla, la que repasa y leída por mí, toda atención en ella puesta, no vacilo en ofrecerla a espíritus imparciales para que puedan contrastarla con las infinitas calumniosas especies, falsos relatos publicados expreso por la prensa burguesa a sueldo del cacique para ganar opinión y torcer la balanza en su pró.

Una fecha y un nombre, grabados con indelebles caracteres han quedado para siempre en la historia de estos pueblos: El 7 de Marzo de 1916, y el nombre del Arlequín cartagenero, villanamente vendido al caciquismo, artero y traidor, cretino infame que supo bailar crapulosa danza, beodo del vao de sangre, de sus infelices e ignaras victimas.

Por descontento que en literatura esta obra será defectuosa, pero, en ella, su joven autor ha puesto todo el amor y entusiasmos de que es capaz su vehemente corazón y su férrea voluntad, puesta al servicio de una causa noble y santa, de un ideal sublime, inspirador de generosos y altruistas movimientos en pró de la integral liberación de la irredenta humanidad, y su noble empeño, por encima de todas las cosas hará fructífera labor, fecundando virilmente la inteligencia, descorriendo el obscuro velo que cubre la hermosura prepotente de la Diosa que, a través de las brumosas ondas del revuelto mar de la vida, va guiando nuestros pasos: la VERDAD.

Y hago aquí punto, lector amado sin saber a ciencia cierta si he llenado mi misión, pero sin que ello sea obstáculo para seguir laborando en la medida de mis fuerzas por la total emancipación de mis hermanos de infortunio, bajo el lema:

Paz, Amor, Libertad.

M. Balaguer

La Unión y Marzo 1917.

PROLOGO A LA SEGUNDA EDICION

«LOS ECOS DE UNA FUSILADA»

Vivía yo con mis padres en lo Bolarín cuando cierto día nos desgarró el eco de unas descargas cerradas de fusil dentro de nuestra ciudad.

Les pregunté a ellos qué era lo que sucedía y no supieron contestarme. Enseguida supimos la infausta realidad de una tragedia más en nuestras poblaciones urbanas o mineras.

No hacía tanto —finales del siglo XIX— que otro drama sangriento había consternado a los unionenses en una epopéyica desaparición de archivos civiles y parroquiales, estando a punto de saltar la fábrica del gas...

Andando el tiempo llegué a ver un cuadro en el Avance Obrero de siete víctimas en marzo de 1916 —caídas en El Descargador—: 5 hombres, una mujer y un angelical niño.

Las personas heridas por bala de grueso calibre, fueron tantas que resultó imposible contarlas y asistirles en el acto de agresión de las autoridades.

Nuestra Cruz Roja y las referencias oficiales no pudieron llegar a contar los heridos por arma larga de fuego, ya que muchos de ellos procuraron curarse en sus casas, poseídos del pánico terror indescriptible.

Sabían a ciencia cierta que iban a ser detenidos por la autoridad civil o militar, si se descubría su paradero o alguna participación en aquella huelga de nuestra sierra cartagenera.

Recordaré que Mariano Balaguer me dijo —años después— que los directivos obreros sufrieron la especie de un Tribunal de Sangre, saliendo condenados a correccional o penas menores.

El entonces alcalde, Enrique el Escopetero, echó de La Unión o tierra natal a dos buenos oradores: Federico Albadejo Bravo y Ginés Ros.

Quiero hacer memoria que «El Despertar del Obrero» y «El Rebelde» publicaron informaciones fidedignas de aquellos juicios, tales sentencias, expulsiones a otras latitudes de los más sobresalientes administrativos del obrerismo unionense.

Con todo y con ello, a ninguno se le pudo probar ninguna intervención violenta en los hechos trágicos del infortunado Descargador.

Peñarroya, la Mancomunidad Zapata e Hijos, Maestre, *El Lobo*, Don Pío y otros más —así como los gobernantes— estaban muy interesados en matar trabajadores, echarlos fuera de nuestra comarca y hundir organizaciones o movimientos de reivindicaciones obreras.

La lucha estaba entablada entre explotados y burgueses, patronos crueles, vesánicas autoridades que desataban sus opresiones contra nuestro paciente pueblo.

Queriendo ellos eliminar la lucha de clases, la aumentaban por el determinismo económico que rivaliza a los poseedores y desposeídos de toda suerte de bienes materiales o morales.

Y es así que la teoría de división de clases motiva que la sociología e historia justifiquen el ideal de luchas emancipadoras del trabajador manual e intelectual.

En aquel año de 1916 la situación económica era dramática generalmente porque la primera guerra mundial produjo la carestía de las subsistencias, de los alquileres y demás artículos de necesidad. Autoridades y capitalistas se dieron a vender el primor de nuestra producción nacional a los bandos beligerantes.

Provocaron la miseria y el atraso en todos los órdenes de nuestra existencia. Teníamos muchos analfabetos, pobres y pocas escuelas para nuestros niños y nosotros mismos, españoles en general.

Tuvieron que ser la UGT y CNT las que se levantaron contra tanta ignominia, dando el aviso de un paro total si no se remediaban oficialmente tan serios males económicos y socio-culturales. Habiendo sido menospreciadas legalmente, declararon en agosto de 1917 una huelga general revolucionaria.

Penoso, cruel resultado: Más presos, más heridos, más muertos, más perseguidos, más huidos al extranjero, más hogares sin calor, cariño y pan... El derecho y las libertades públicas no pudieron quedar más hollados por los gobernantes de turno.

El Comité Nacional de Huelga sufrió sus penas en el penal de Cartagena, y doy fe de que íbamos bastantes a llevarle golosinas, entre jóvenes y adultos.

Los organismos sindicales de entonces se pusieron a tono en 1918-20, tras la prueba de fuego a la que habían sido sometidos anteriormente. El martirio parece que forjó nuestras mujeres y a los hombres de todas las edades para erigirse frente a las explotaciones y el oprobio del sistema burgués o despóticamente autoritario.

Las Casas del Pueblo, el Avance Obrero, mineros, maquinistas, fundidores, arrieros, albañiles, pintores, panaderos, huertanos, artesanos, profesionales liberales; toda una multitud de jornaleros se dieron a la asociación manumisora de grandes principios, voluntades, ideas salvadoras.

Los continuadores de los mártires del Descargador y de toda la nación crearon nuevos Sindicatos, Secciones, Bibliotecas, Agrupaciones Artísticas, *Escuelicas*, para todos: padres e hijos con clases diurnas y nocturnas.

La tónica más esencial eran las asambleas, disertaciones, conferencias, mesas redondas, lecturas comentadas de los «Pequeños-Grandes Pensadores». Bordadas banderas flotaban en el aire de las multitudinarias manifestaciones, actos públicos, gremiales, asociativos e íntimos de cada centro.

Los mítines por la comarca, en la huerta, poblados marí timos; las giras al campo y Mar Menor, los tribunales nacionales o autóctonos de la tierra daban la nota más saliente en la divulgación de ideales. Se combatía el tabaquismo, alcohol, cualquier vicio, el juego de azar, prostitución, hermosas lecciones y láminas servían para tales efectos.

Así era como se capacitaban a los asociados en la formación moral y orgánica de una personalidad colectiva e individual con solvencia, sentido, lógica interpretación o estilo de luchadores públicos en las lides del *Trabajo*, de la *Inteligencia*, *Emancipación*.

Estas fundamentales nociones tienen hoy su verídica realidad dentro de un estructuralismo básico, cuyo contenido es socio-cultural y humanista.

Los productores-distribuidores-consumidores, ocupan el mejor plano para un enfoque de nueva sociedad. El llamado *Arte de la Ciudad* debe ser corolario inmediato en la conquista de vindicaciones humanas de todo género.

Por el bienestar y la liberación que propiciaron nuestros mártires debe guiarse el obrerismo unionense, español e internacional.

¡Remember! No les olvidemos en su heroísmo, talento, voluntad de hacer más y mejor que nadie... Sus aciadas vidas —cegadas en flor—, humildes, enterizos, inteligentes, sensibles al dolor de todos y al bien común de sus hermanos explotados u oprimidos, ha de solidarizarnos para la gran causa que nos es común.

Ahora el problema de las mejoras momentáneas tienen su ecuación con el coronamiento propio de las sociedades modernas.

Si el capitalismo marcha terriblemente, los grandes inventos, la ciencia social de los gremios, oficios y profesiones de toda índole, ofrecían conocimientos o aptitudes para triunfar en la enorme pugna entre el Progreso, la Revolución, el Capital y el Estado histórico.

Artes y ciencias son más que burguesas o autoritarias porque pertenecen a la doliente cuan abnegada Humanidad, que marcha en pos de su liberación sabiamente integral.

¡Unionenses de ambos sexos!, ¡Paisanos míos!! ¡¡¡Levantad vuestros corazones y mentes!!!

TOMAS CANO RUIZ



EL 7 DE MARZO Y DESPUES

DEL 7 DE MARZO DE 1916

:: :: EN LA UNIÓN :: ::

CAPÍTULO I

El Pueblo de La Unión

Permiteme, caro lector, que antes de entrar de lleno en el tema de este librito, haga observar algo útil para el mejor desenvolvimiento de mi propósito, o dicho de otra forma: dar una raudaz y concisa explicación biográfica del pueblo cuyo nombre precede a este capítulo y recordar algunas efemérides pasadas. Toda obra hay que empezarla por los cimientos. Pues, bien, con el beneplácito tuyo, empezaré.

El pueblo de La Unión está incluido dentro de los límites geográficos de una de las provincias de Levante. Su industria es la minera. Sus moradores viven o simulan vivir, muriendo, de la remuneración monetaria o en forma de crédito que reciben

a cambio del préstamo de sus brazos, de grandes compañías explotadoras.

Incalculable y hasta inimaginable es la cantidad de millones extraídos de las entrañas de la rica cordillera que la circunda. Pero el aspecto de este pueblo, a pesar de haber producido fabulosas riquezas, es el mismo que puede imaginar el lector (si no lo ha visto) que presentaría un cementerio derruido. Las casas, o mejor dicho, las calabrinas que sirven de domicilio a los obreros, semejan (y no se asombre el lector) a las zahurdas de puercos; las casas que hay habitables, las casas que reúnen condiciones higiénicas son bien pocas, y éstas están habitadas por los burgueses, por los que nada producen y de nada carecen, por los que nada hacen que pueda ser útil y de todo gozan; por los rígidos.

Ni un vestigio de la riqueza extraída del corazón de su *sierra* a costa de sudor y sangre ha quedado en él; toda ha sido arrastrada por impetuosa corriente de ambición burguesa a otros pueblos, a otros países. El sombrío y desagradable semblante que presenta el campo en el invierno, cuando la Naturaleza con sus leyes inexpugnables y severas quita a los árboles el disfraz de verdes y aromáticas hojas, y hace que el liberto y alegre pajarillo se entristezca y cese en su rítmica sonata, es el de La Unión en todo tiempo.

Aquí, como en todo los pueblos, y esta es una regla que no tiene excepción, se alza majestuoso y provocador un suntuoso y colosal edificio desafiantemente con su cúspide al espacio. Es la iglesia. Es el templo donde se le rinde culto a la ignorancia, al embrutecimiento: es lo único altivo que posee, es lo único artístico que tiene. ¡Vergüenza de los pueblos que tales edificios consienten!

Grandes compañías extranjeras explotan las fértiles visceras de esta cuenca minera. Algunos hijos (bien pocos son) de este pueblo atrozmente escarnecido, poseen propiedades mineras, y por el proceder canallesco que emplean con los que tienen la desgracia de trabajar en sus establecimientos, son más odiados y execrados que los exóticos explotadores. Los paupérrimos obreros de este rincón del planeta, para percibir un irrisorio jornal, para hacerse acreedores a un mezquino salario, necesitan trabajar una jornada excesiva, incesante e improba, que en poco tiempo extenua sus organismos y flexua sus cuerpos, convirtiéndolos en pingajos humanos, en piltrafas humanas.

Insuportable, imposible por momentos, hacíasele la vida a los dueños de la miseria de este extraviado recinto. Un incidente vino a agudizar la situación de los hijos del trabajo; la *guerra europea*; al estallar, cual tumor canceroso que a su erupción conmueve y serpentina el cuerpo, sucedió lo que suceder había. Expontáneamente, notóse el desequilibrio internacional; los soberbios capitalistas retiraron sus capitales de los Bancos; cerráronse éstos, paralizóse el tráfico.

Allá, en lontananza, allende las fronteras, dibujábase imperceptiblemente una silueta aterradora. Poco tiempo transcurrióse para persuadirnos de lo que se trataba. Era una nube desoladora, pavorosa, macabra. Era el *hambre* que tomaba absolutamente posesión de esta porción de tierra que indudablemente cubriría *Micromegas* con las plantas de los pies y que nosotros denominamos patria.

Aquí, como a todos los ámbitos de España y quizás del mundo entero, alcanzó una de las innumerables ramificaciones de este mónstruo sin parentesco, triste y hórrido.

Los burgueses, impulsados por el miedo que les proporcionara el presentimiento de una ruina inevitable de seguir funcionando sus establecimientos, ceráronlos; los que esto no hacían (y eran los menos), despedían las tres cuartas partes del personal ocupado, sobreviniendo como es consiguiente e indudable, a los hogares de los que no tienen más patrimonio que sus brazos, la miseria más espantosa.

Un año o más, duró el desalquilo de brazos; un año o más que el *Hambre* estuvo señoreándose en los tugurios obreros; un año o más que los excluidos de la fortuna estuvieron aguantando cobardemente, los aguijonazos de la necesidad. ¡Un año o más de penalidades, de agudo dolor! ¿Quién no se acuerda de aquellos días en que los obreros, con las huellas del dolor y la miseria grabados como vivo retrato en sus rostros aciguatados, pululaban por las calles de la ciudad? ¿Quién no recuerda aunque con horror aquellos días en que la vida era imposible, y que los privados temporalmente del salario vagaban por las calles como espectros vivientes, exhibiendo sus semi-desnudos torsos y esperando sumisamente como mansos y febriles corderillos la muerte injusta y prematura? ¡Oh!... Aún guardo en mi imaginación el cliché imperecedero de aquellas lúgubres y tumultuosas manifestaciones que los consecuentes productores organizaban para pedirle a sus tutores *Pan* o *Trabajo*, sin conseguirlo. Todos cuantos actos organizaban para alcanzar algo que pudiera endulzar sus penas, mitigar la apefagia que de ellos hacía pacto, eran infructíferas, estériles.

Pero lo más triste, lo más espeluznante ¡oh injusticia! eran aquellas escenas desgarradoras y fáticas que presentábanse como natural fruta del tiempo en todas las pocilgas proletarias, cuando los

tiernos chiquitines, inocentes y hambrientos, pedían repetidas veces y estérilmente pan, pan! dejando escapar a la misma vez, por sus nacaradas boquitas entreabiertas por el desmayo, un sollozo desesperanzado y agónico que conmovía el más indiferente e insensible corazón; eran aquellos otros dramas pavorosos que en plena vía pública tenían cumplida y funesta realización, cuando hombres y mujeres más que desfallecidos, muertos, desplomábanse repentinamente a los efectos del *Hambre*, o tenían que sintiéndose abatidos y desmoralizados, apoyar sus cuerpos famélicos y flácidos a cualquier sitio que permitiera sostenerlos durante el colapso, temiendo siempre pasar de éste, a habitar las secretas y enigmáticas regiones de la *muerte*. ¡Oh, que horror! ¿Para qué recordar todo esto? arrepentido estoy de haberlo hecho. Mi corazón en estos momentos pugna bravamente por salirse del pecho; hace desemejables esfuerzos por romper las fibras que le sujetan, y en impetuosas y rápidas convulsiones se agita por manumitirse y exhibirse en el exterior. Mi pluma se resiste a seguir trazando líneas; está impresionada por tanta crueldad descrita. Mi pulso tiembla... yo vacilo. Pero ¿por qué vacilo? No, no vacilo... sí, vacilo, sí; soy impotente para seguir escribiendo lo que habíame propuesto; estoy también impresionado, pero impresionado de furia vengadora, de odio africano hacia los que pudieron evitar maldad tanta, dolor tanto, y no lo hicieron. Mis pupilas se nieblan; están abrasadas de indignación afrojística, de fuego vengador.

No concibo como pueda haber seres tan perversos, tan malvados, que teniendo en sus manos el bien de la humanidad, la lleven al precipicio sin remordimiento de conciencia; la arrastren a la desesperación, a la muerte, con adiaforia pasmosa, con

instinto criminal y nunca satisfecho de tigre herido. Por eso me impresiono. Pero mi impresión semeja a la del *león* embravecido que, con ardiente deseo de atrapar la presa, corre, vuela tras ella sin conseguirlo. ¡Ah, si yo pudiera...! Con la espuernada que resta a mi cadena opresora, azotaría briosamente, implacablemente, mientras me quedara un átomo de fuerza, un hálito de vida, la jeta de todos los tiranos de la Tierra. Es imposible que pudiera aplacar, saciar, calmar tanta aversión reconcentrada en mi pecho en los años que llevo de inarrastrable existencia, aunque viera la tierra sembrada de calaveras de explotadores, de tartufos, de nerones.

Hacia esa gèntuza vil y canalla, que tiene el corazón envuelto en un pericardio de oro, hacia esa taifa de adéfagos humanos que nos devora miserablemente, leoninamente, el odio que anida en mi corazón, será absoluto, será eterno.

Dispénsame, lector amigo, si heme desviado un poco del objetivo de este folleto, pero... oye, escucha: Abstemio soy, sangre de tirano bebería plácidamente, si corriera en río caudaloso.

Pues, bien: Aquellos pacientes y resignados productores, con hambre tanta, con miseria tanta, no lograron o no quisieron ponerse a la altura moral de los seres irracionales; estos, cuando no tienen que comer, cuando no tienen a que recurrir para alimentarse, impulsados por esa ley natural que dice que *la vida se alimenta de la muerte*, devoran, matan y viven; aquellos ni mataban ni devoraban para vivir.

Con tolerancia admirable, con resignación estu-
penda, peculiar de psilámines y pigmeos, dejaban escapar la vida, flor hermosa é idolatrada de este misterio existente; como seres impotentes, sufrían el despotismo y menosprecio de la clase privilegia-

da y soportaban con sumisión inaudita el pauperismo a que habían sido condenados.

Jamás se reunieron ni manifestaron para llevar a efecto gallardamente, toda vez que la razón les sobraba en inmensa cantidad, un acto propio de hombres, de aherrajados, de hambrientos.

Inútilmente esperé impaciente, con sin igual vehemencia, un hecho de ejecución letifera; somos los víctimas y los responsables; víctimas, porque somos la presa del mal, donde el mal hace mella; responsables, porque no nos prestamos a extinguir el mal.

Cesó la tormenta del miedo, pasó el pánico, re-
confortaronse los espíritus burgueses y se disponían a seguir explotando: Los antros mineros, poco a poco, primero unos, después otros, empezaron a funcionar en las mismas condiciones anteriores; esto es, desgastando energías viriles, aniquilando vidas, triturando cuerpos. Los obreros, primero unos, después otros, también fueron volviendo al trabajo en las mismas condiciones anteriores, o lo que es lo mismo; a trabajar una jornada bestial, y a percibir por esta un salario microscópico

El *hambre*, habiase disminuido aún cuando no estirpado. Todo había quedado en las mismas condiciones de antes. El río de miseria que antes amenazara invadirlo todo, arrasarlo todo, si bien no había dejado de ser río obedeciendo al medio ambiente, había vuelto a la calma, a su estado normal, a la quietud. El obrero seguía oprimido, el patrono seguía oprimiendo.

CAPITULO II

Las organizaciones obreras

Aquí, en este pueblo que bien podemos llamar el protagonista de la obra, como en todos los pueblos del mundo o casi en su totalidad, existen organizaciones de resistencia al capital, do el obrero se unifica para contrarrestar el bárbaro y omnimodo poder de los capitalistas; para luchar contra la burguesía que padece, tan degenerada y pérfida como la burguesía de todos los pueblos y de todos los países.

A estos centros de lucha, de cultura, van los hambrientos, los pasibles, los probos, los buenos; los que tienen a veces que ser improbos porque el ambiente nefástico que se respira en esta sociedad decaible y detestable lo exige.

A estos templos de paz y de amor acuden los explotados, los justos, los inofensivos, los rectilíneos, los que sueñan con una sociedad igualitaria, do los hombres trabajen en completa armonía, libres de tiranos y explotadores y do todos los humanos hallense aherrojados por los sublimes e indisolubles lazos de la fraternidad.

A medida que la *guerra* (fatídica palabra!) tomaba mayor incremento en su obra de pecoreación y muerte, las subsistencias, elemento capital de vida, adquirirían mayor preponderancia. El reducidísimo jornal que los obreros percibían como pago a su trabajo, era insuficiente para anular el *déficit*, superior cada día, que recaía en los estómagos de los

trabajadores, dado el aumento de un 45 por 100 que los artículos de primera necesidad habían alcanzado y que en la actualidad aun existe.

Por esto los trabajadores, los que tienen el indiscutible derecho de morir de hambre, los que poseen la indisputable propiedad de la miseria, los condenados eternamente a que sus carnes sufran los rigores de la Naturaleza por no tener con que cubrirlos, preseabanse a tomar medidas eficaces, a adoptar procedimientos radicales y fructíferos, a poner en movimiento todas sus fuerzas, para exigirle a la clase patronal aumento de salario con que mitigar el hambre, que, como *dragón* dormido; despertaba rugiendo, ahullando de rabia, dispuesto a cumplir su lamentable misión.

Para esto, las organizaciones obreras del pueblo que nos entretiene, en consuno con las demás organizaciones de los pueblos comarcanos, acordaron presentarle a la patronal unas bases para su aceptación, pidiéndole un aumento en el salario con relación a la carestía de las subsistencias.

Como siempre, la burguesía, soez e irracional, en su ambición de asumir lo que ningún trabajo le cuesta producir, en su desordenada pasión de arrojar lo que es de otro, negóse rotundamente a aceptar las peticiones hechas por sus víctimas.

Una de las bases irrevocables que figuraba en la propuesta, era que, en caso de ser desestimada esta, se procedería inmediatamente a declarar la huelga general en toda la zona minera.

Pero los obreros, consecuentes hasta el extremo, dejaron pasar más de un mes a pesar de la inmediatez que habían fijado a la huelga, tiempo suficiente para que la patronal descendiese de su cerril intransigencia, reconociendo obviamente la justísima razón que les asistía al hacer tan estricta demanda.

Todo fué improductivo. La burguesía, encaramada en el vehículo de la filocrina no cedia en sus trece. Los obreros habían empeñado su palabra en ir a la huelga si sus agoniosas peticiones no eran complacidas y a ella fueron.

→ CAPITULO III ×

La huelga

Como las mansas y silenciosas aguas de un arroyuelo siguen su cauce sin intermitencia, la huelga seguía su curso. En todos los braceros reinaba un entusiasmo indescriptible. Se vislumbraba el triunfo.

El comité de huelga nombrado al efecto, era el encargado de gestionar a cerca de los patronos tozudos y petulantes, a consecuencia del erguño y prurito de dueño y señor, la solución de la huelga.

El paro era absoluto, general. Los establecimientos mineros eran víctimas de un ataque de catalepsia; todos estaban inmóviles, silenciosos. Como horripilantes y rígidos monstruos, las máquinas destacábanse en el ápice de las montañas; el ruido de demonios mil que se observa en su funcionar perenne, había muerto; el acre y rústico gemido con que nos brindan las poleas de los castilletes cuando les falta el líquido grasiento que le sirve de alimento a sus férreos miembros, no existía. Por todas partes se observaba la soledad de un desierto sin oasis, una quietud sepulcral.

Los obreros, adoptaban una aptitud inflexible, terne, insólita, gallarda. En sus labios, compungidos por la rabia que les causara la inútil resistencia de la patronal, dibujábase una sonrisa de orgullo, de triunfo, de satisfacción. Los considerados

vencidos en la lucha por la existencia exhibían una suficiencia singular, la exclusiva que los momentos exigían.

Por algo así, simil a una convicción inmensamente grande, interna, recóndita, en el *miting* de declaración de huelga en el Llano del Beal, arrojaron los obreros con el poder del *rayo* y la fuerza del vendaval un *si* de conformidad decisiva; un *si* extruendoso, majestuoso, irrevocable; aún repercute en mis oídos el fenómeno acústico de aquel *si* irónico, desemejable, justo.

Los centros estaban invadidos a todas horas de obreros; unos entraban, otros salían; siempre estaba el local rebosante; no hablábase más que del curso de la huelga, de lo que acerca de ella sabíase.

Désde la mañana hasta el atardecer, los obreros esperaban con impaciencia, con una avidez inimaginable, que sus compañeros del *comité* de huelga regresaran de la vecina ciudad de Cartagena, donde iban todos los días a conferenciar con la genuina, inculta e irracional representación de los patronos, para conocer el resultado de las gestiones del día.

De esta, y no de otra forma, transcurrieron los cuatro primeros días de huelga; la representación obrera, siempre manifestaba lo mismo; una intransigencia indebida y criminal, por parte de los indocitos y pérfidos patronos. Los resultados de las gestiones hechas para la solución de la huelga, todos los días eran las mismas; inservibles, incoloras. Las impresiones que el comité de huelga traía todos los días, para comunicárselas a sus representados, eran idénticas; impresiones insípidas, desapacibles.

Pero los obreros, los tupidos de tiranía, los dispuestos a morir antes que volver al trabajo sin la victoria, apesar de las impresiones acrimoniosas que todos los días recibían, seguían sin vacilar, impávidos, indúctiles en sus convicciones, decididos a vencer a la *hidra* patronal; tenían el patrimonio de dos armas poderosísimas: la razón y la justicia.

Pero llegó el quinto día de huelga, llegó *el 7 de Marzo*, y... ¡Oh crimen! sucedió lo que tú amable y benévolo lector, conoces, y quizás yo no pueda describir; pero en fin, haremos por relatar verídicamente lo acaecido en aquel aciago y memorable día, aunque para ello tengamos que hacer capitulo aparte.

CAPITULO IV

El 7 de Marzo

Lo que vamos a relatar, como verán por el título del capitulo, ocurrió en uno de los postreros días del invierno, en uno de los días del mes que empieza la primavera. Era un día nublado y vendabalesco; la opacidad reinante de aquel día, impedía que invadiera este rincón del planeta, los esplendorosos y luminosos rayos del *astro soberano*, que, indudablemente, obedeciendo los designios de la Naturaleza, iluminaba las inmensas y etéreas regiones del espacio; la lúgubre caliginidad de aquel día, obligaba al diáfano resplandor con que *Fébo* nos obsequia en todo tiempo, que se estacionase en las infinitas y azuladas bóvedas del orbe. Nuestro planeta parecía hallarse en el afelio, debido a la temperatera rigoriga del día, y el Sol, estar en eclipse. Una lluvia menudita enlodaba las calles de la ciudad. El aspecto de aquel día era misterioso, imponente, siniestro.

Cualquier espurina hubiese augurado exiciales sucesos. ¿Qué sucedió en aquel fatidico día, como hubiese llamado cualquier profeta? Después veremos.

Las nueve aún no serían de la mañana, cuando de la C. del Pueblo de La Unión, partió una multitud de obreros precedidos por la roja Enseña de las Sociedades, con dirección al Llano del Beal, donde había de tener lugar un miting para dar a conocer los trámites corridos en los días que se llevaban de huelga.

De varias charcas obreras, veíase salir a sus moradores con la natural presteza del que tiene la seguridad de vencer a su enemigo.

Caminaba la multitud de atletas invencibles, carretera adelante, cuando al llegar a un sitio denominado *El Descargador*, vieron salir por la puerta de un antro de fundición, con la prontitud que las hormigas salen del hormiguero, un número considerable de fantoches, ridícula y provocativamente ataviados, presumiendo infundir terror a la nebulosa de huelguistas, que en aquellos momentos apartábase de la carretera e invadía la vía férrea.

La multitud de humildes harapientos había comprendido el juego; pero sin hacer caso ni manifestar comprenderlo, seguía via adelante sin preocuparse por nada.

Más adelante, la horda de los modernos esclavos fué alcanzada por el Tranvía de Cartagena a Los Blancos, que en aquel infausto día semejava a un convoy de guerra. El Tranvía tuvo que disminuir la marcha; interceptábase el paso la falange proletaria. La marcha que quedóle a la mole de hierro y madera, hija del Progreso y de la Ciencia, tenía

identidad con la de una carreta arrastrada por bueyes anatómicos y fatigados. Así hubo lugar de inspeccionar sus departamentos: todos iban rebozantes de mercenarios. De confin a confin del vehículo no veíase más que individuos inconscientes de repugnante figura, que vestían capa y sombrero de picos, y en sus manos macilentas y temblorosas ostentaban armas. No parecía sino que los alemanes o franceses preparaban un ataque al Llano del Beal y la burguesía se preseaba y preparaba a defender sus capitales. La turba de los viandantes huelguistas, parecía no preocuparse de nada.

Así, juntos, como inseparables amigos, el vehículo a vapor y la tropa de explotados seguían por los rieles adelante, hasta que al fin hubieron de separarse: el convoy abrevió la marcha como deseoso de llegar al sitio de destino para eximirse del superfluo cargamento. Los obreros abandonaron la vía para tomar una vereda que les conducía antes al sitio donde habían de celebrar la reunión aquel día.

La amplia llanura que hay frente a la Casa del Pueblo del Llano del Beal, estaba completamente llena de obreros de los diversos pueblos en huelga.

En aquel acto público, como así lo había acordado el *Comité de huelga*, solo tomarían parte los que a él pertenecieran.

Esta previsión o disposición del Comité no fue debida a que los que componían éste, temieran ser descubiertos en algo vil y furtivo que hubiesen tramado, como lo prueba el hecho de que ellos no podían hacer ni otorgar nada sin el beneplácito o consentimiento de todos los obreros, y si para evi-

tar que cualquier intruso y leguleyo pudiera aprovechar la ocasión con alevoso fin, y hacerles a los huelguistas ceder en la tenaz resistencia de que daban pruebas contra sus explotadores.

Pues bien: Después de haber hablado todos los que pertenecían al *Comité de huelga* y haber dado exacta cuenta de todos los trámites corridos, los concurrentes con un *si* unánime, impetuoso y desafiador habían dado su conformidad de seguir la huelga hasta conseguir la victoria; ni aun quisieron tolerar la merma que el *Comité* había hecho a las peticiones para que la solución de la huelga fuese más factible; integras estaban decididos que fuesen aceptadas.

Pero hay algo más: Un individuo ajeno por completo a la cuestión que debatíase, que en la actualidad es diputado a Cortes por obra y gracia del caciquismo como hay muchos, jactancioso, y tan embustero como jactancioso es, con ribetes de demócrata siendo un inmaculado reaccionario, que posee grandes dotes de embaucador de multitudes, de fascinador de masas obreras, había asistido a aquel acto de capital transcendencia con el propósito único de hacer uso de la palabra e inculcar la desorientación, como medio de hacer fracasar la huelga.

Como las intenciones de este instrumento servil de la burguesía habíanse propagado entre todos los reunidos, cuando el individuo en cuestión irguióse del asiento que ocupaba, no sé si con ideas de hablarle al inmenso piélago de obreros dado la autoridad que poseía (y conste que ésta era la intención que a tal acto le condujo) o si visto la actitud de los reunidos había desistido de ella y se disponía a marcharse, cuando irguióse del asiento (valga la repetición) un ¡Fuera! mil veces repetido por todos resonó con energía e inmune y vencedor hendió

al espacio; no estaban dispuestos a caer en el lazo visible y personificado que les tendía la burguesía.

Y el falso y moderno *Judas*, sin darse por aludido, abandonó la improvisada tribuna llevando consigo (créeme lector a fuer de psicólogo) la venganza más temida.

Próximo a la una de la tarde sería, cuando la nube de parias irredentos volvía hacia el sitio que antes partiera; esto es, hacia La Unión.

Al llegar al primer paso al nivel que encontramos a la salida del Llano del Beal, una patrulla de soldados con un teniente al mando, obstruían el paso por la vía. El teniente intimó a la multitud de huelguistas que abandonara la vía y siguiesen por la carretera.

Sin el menor gesto de desagrado, sin el más leve conato de resistencia, los huelguistas cedieron al cortés requerimiento del oficial.

Ya en el Descargador, junto a la fundición «Dos Hermanos», un grupo de cuarenta o cincuenta hombres desprendióse de la manifestación con el propósito de llegar hasta la puerta de dicha fundición, pedir permiso para penetrar en ella e inducir a los traidores que en ella trabajaban a que abandonasen el trabajo. ¡Triste indiscreción! Las puertas de la fundición estaban circundada por individuos uniformados con correa roja. El que por el taraceo que ostentaba parecía el jefe, saliéndose de entre sus subordinados adelantose para salirle al paso a los que llegaban, y en un tono al parecer cortés dijoles: ¿Qué desean ustedes? Nosotros, contestó uno de los del grupo, queremos ver y saber si los que ahí dentro trabajan (señalando a la fundición) lo hacen

coaccionados y de ser así, que se unan a nosotros si quieren.

Bien; contestó—esperen un momento que les avise y ahora pasará una comisión de ustedes.

Mientras que el que lucía el astro en la boca—manga metióse adentro a avisarles, si, pero a los que más tarde habían de ametrallar a los impróvidos obreros, estos nombraban la comisión que creían, según las malévolas manifestaciones del Jefe, había de entrar a requerir a los traidores.

Conviene hacer constar para que no quede como vulgarmente se dice, ningún cabo por amarrar, que todos los huelguistas que antes no lo hicieron y los que iban llegando impulsados por la curiosidad (rindámosle culto a la *verdad*) acercábanse a la puerta de la fundición para cerciorarse de lo que pasaba.

Ahora no eran ya cuarenta o cincuenta hombres los que estaban en la puerta de la fundición; eran dos mil o tres mil, pero todos, como la noticia de que una comisión iba a entrar a la fábrica habiase divulgado, esperaban que la comisión pasara, para ver si los traidores abandonaban el trabajo. Este, y no otro, era el fin que aherrojaba aquella legión de cesantes a una distancia de 30 metros del dintel del antro infernal y abominable. Conste. Todo lo demás que hase propalado, es falso, y más que falso, criminal.

De nuevo salió el Jefe y preguntó ¿Cuál es la comisión que va a entrar?

—Aquí está: contestaron los cinco que la componían.

—Bien—añadió—Esperen cinco minutos.

En este momento otro sujeto que por el *traje* de que hacía alarde era un jefe de menor cuantía,

hablóle al superior al oído; hecha esta operación metióse rápidamente.

Varios de los reunidos, viendo que el tiempo transcurría y que la comisión no pasaba, decían a voz en grito ¡Vámonos! y otros contestaban ¡Esperemos un poco! Las divergencias terminaron y optaron por esperar.

La muerte, invisible, se cernía sobre aquella crasa masa de trabajadores. La lepra esbirra les jugaba una faena incalificable, una faena letifera, imperdonable.

Los ignorantes y cándidos obreros, seguían en las creencias de pasar a la fundición; bien pronto se persuadieron de su error.

Veinte minutos habrían transcurrido desde la llegada de los huelguistas a la puerta de la fundición, cuando fueron sorprendidos por una patrulla de esbirros, que bien pronto dejaron ver la agriotimia que les acompañaba.

No cabía duda. Aquel detenimiento de los obreros, evitable sin oposición alguna de haberseles negado la demanda, a causa de haber sido engañados pérfidamente, y la aparición repentina e inesperada de los cosacos de a caballo, era señal evidente de que habíase tramado algo indigno, algo infame, algo que a su ejecución, dejó recuerdo espeluznante e imperecedero, recuerdo jamás sepultable en el olvido. Llegado que hubieron donde los obreros estaban, el que marchaba al frente del pelotón, un tipo de repugnante aspecto, de mirada torva, cuya indumentaria delataba ser el jefe, preguntó en tono imperioso y amenazador: ¿Qué quieren?

Y sin esperar la respuesta, empezó a distribuir espaldarazos a diestro y siniestro; e inmediatamente sus subordinados le imitaron en tan bárbara acción, cumpliendo así la señal letal y premeditada.

Sin más aviso, sin más razones que las ya expuestas, oyóse una descarga horrible, después otra y otra, y luego transformóse en una fusilería sin intermitencia.

Los huelguistas, aterrados de pavor, descompuestos de pánico, corrían velozmente, brincando montículos y más montículos, tomaban las veredas que conducen a la *sierra*, escondiéndose acá y allí, y así corriendo, más que corriendo volando, huían del acero homicida, luchaban contra la muerte traidora.

Los huelguistas iban llegando a La Unión, lanzando el corazón por la boca, de susto y cansancio. Aquello no fué ahuyentarlos, fué matarlos, porque matándoles, mataban la rebeldía, lo que no de otra forma podían conseguir.

El pueblo de La Unión habíase soliviantado, revuelto; allí y aún más allá, llegó el tostoneo horriblo de la fusilería. Todos los habitantes que en él quedaban, encaminábanse al sitio de los sucesos, pero no podían llegar; la fuerza armada lo prohibía; decía no haber pasado nada.

La Cruz Roja llegaba al lugar del siniestro. Un presentimiento horrible y adverso apoderóse de todos los corazones; con la espontaneidad que ante nuestra vista vagan los fenómenos ópticos en un momento dado de decadencia vital de nuestro ser, surgió en todos los cerebros la misma pregunta: ¿Qué es lo que ha sucedido que los representantes de un orden mentido prohíben el paso, y la Cruz Roja llega con las camillas?

¡Que había de suceder! ¡Maldición...!

¡Oh, impiedad!... La áspera esplanada que existe frente a la fundición tristemente inolvidable, tenía el aspecto de un campo de batalla terminado ésta. Acá y allá veíanse cuerpos humanos, inertes, ensangrentados.

En medio de la vía férrea yacía una forma humana. ¡Oh que dolor! con el corazón atravesado por un proyectil asesino y la sangre coagulada en el exterior del pecho, en la carretera un infeliz huelguista yacía con el cráneo triturado; junto a este montón de carne y sangre, hallábase el desgraciado cuerpo de otro huelguista, dando muestra de un ensañamiento feroz: como si saliese de la tierra se oía el apagado y agónico quejido de otro infortunado que en medio de una masa rojiza y pegajosa, pròvimó a la carretera terminaba su vida; y así en estas funéreas condiciones, habian tres más, entre estos una malograda compañera; todos inolvidables compañeros nuestros, que no cometieron otro delito que el haber nacidos pobres.

Por todas partes veíanse heridos. Aquí un malogrado huelguista que no pudo librarse del plomo asesino, gravemente herido, ansiosamente, fúnebremente, llamaba a su madre; más allá otros a gritos desgarradores que conmovieran a las hienas, decían. ¡Ay mis hijos! ¡Pobres criaturas... ¡Oh lector, esto horripila... eran diez y ocho... diez y ocho los que amargamente gemían, los que amargamente llamaban a sus hijos, a sus compañeras, a sus madres, que veían que la vida abandonábalos, que hallábanse entre las mallas de la muerte, por el motivo de manifestarse para exigir más pan, o tal vez el de indiscreción.

Eran las tres de la tarde. La Unión presentaba un carácter exequial, conternado; sus habitantes, como pobres adementados, agobiados de pena parecían andar sin norte, sin rumbo fijo. De unas pocilgas salían sollozos desesperanzados, inconsoles; de otras gritos de desesperación, implacables

La Cruz Roja trasladaba a los caídos a la mansión que la adversa suerie habiales deparado: al hospital unos, al cementerio otros.

Por la carretera, con aire jovial y triunfador, trayendo en sus rostros el estigma afrendoso e indeleble de la exicial victoria, venían los autores de la horripilante tragedia, dignos corchetes del régimen actual y autoritario.

Y no sucedió nada. Todo era resignación; todo era mansedumbre. El único consuelo, era impregnar el ambiente de *ayes*, de llantos. ¡Pobres gentes!

En la Casa Consistorial hallábanse grandes personajes y entre éstos aquel individuo del cual nos ocupamos al principio de este capítulo, que fué al Llano del Beal con el propósito de dirigirles la palabra a los obreros (aunque no lo hizo) y de los cuales recibió el más superior de los desprecios. Es un gran autoritario y tiene vastas influencias.

¿Será tal vez uno de los presuntos responsables de aquellos luctuosos sucesos? El tiempo, juez incorruptible, nos lo dirá.

Llegó la noche con su lóbrego manto. En el pueblo reinaba el silencio de una mansión iuhabitable; la calma de un cementerio notábase por todas partes. Las calles estaban desiertas; únicamente en las calles principales entre los caligines de la noche dibujábanse como imponentes fantasmas las siluetas de los autores irresponsables de los sucesos de aquel día. El pueblo honrado y trabajador había sido inundado por un mar de lágrimas.

El firmamento estaba de luto; las estrellas no brillaban en señal de duelo; la Luna tampoco esparcía su luz fría y blanquecina sobre la tierra; y así,

bajo esta capa de un negro triste, existía la ciudad ametrallada.

CAPITULO V

Después del 7 de Marzo

Los obreros seguían en huelga; ahora más que nunca estaban dispuestos a vencer.

La prensa mercenaria y burguesa, vagosa impúdica, meretriz de bajo fondo incapaz de nada noble, quería ¡Oh que infamia! cargar la responsabilidad de lo ocurrido a las mismas víctimas, con especies maquiavélicas y deshonorosas, inventadas por espíritus pequeños y morbosos de humanos reptiles, como es la que al día siguiente de la espantosa tragedia y después repetidas mil veces, publicaron los voceros defensores del caciquismo: «*Que los huelguistas querían asaltar la Fundición*» y la otra no menos infame: «*Que los huelguistas atacaron a la fuerza armada con dinamita*». Todas estas vilezas se publicaban a cambio de unas cuantas pesetas o tal vez una copa de alcohol.

Conciencias pigmeas, corazones ruines habíanse vendido sin escrúpulo alguno a los verdaderos culpables, y todos los días veíanse y leíanse artículos, sinó profanando la memoria de aquellos desgraciados seres, que en un día fatal fueron inmolados traidoramente por defender la santa causa del trabajo, como en un principio lo hicieran, si denostando hipócritamente con falsas acusaciones al *Comité de huelga*, y, desloando tacañamente al pueblo, al *Gran Pueblo*, honrado y trabajador, con bajunas incisiones, progenitoras de la duda y de la afasia en aquella parte de pueblo que no sabía la veracidad de lo ocurrido.

Pero ni la inmundada y asquerosa baba de los merdosos sapos del periodismo a sueldo, pudo salpicar las conciencias honradas, ni el cinismo y el acumen canallesco de los lacayos de la burguesía pudo encontrar nido en pechos imparciales.

Al día siguiente de los sucesos, el Gobernador Militar de Cartagena señor Muñoz Cobo vino a informarse de lo acaecido; y una vez aquí, viendo que los obreros no pedían nada intolerable, nada inconcedible y si una cosa factible y justa, quería que el conflicto terminase y para ello visitó la Casa del Pueblo de La Unión; puso de manifiesto el fin que le conducía y los obreros no tuvieron inconveniente en depositar en dicho señor toda su confianza; entonces el señor Muñoz Cobo, hizo la salvedad de que si los patronos procedían igual, él actuaría de árbitro y la huelga llegaría a su ocaso.

Y terminó el lamentable conflicto, pariendo un laudo, que si no era todo lo satisfactorio que se deseaba, si contenía algunas mejoras para la clase explotada.

Los obreros volvieron al trabajo; la corona del triunfo ornaba sus frentes de mártires; solo una cosa impediales saborear el néctar delicioso de la victoria, la aflicción que les causara tanta sangre derramada supérfluamente, infructuosamente. ¡Caiga sobre los culpables mi maldición eterna!

El laudo empezó a conceptuar como un mito

por los patronos, por los saldados de dignidad, por los exhaustos de vergüenza, por los que no conocen la moral ni escrita.

Para ellos, el compromiso contraído para el exacto cumplimiento del laudo, la palabra dada a un señor siquiera por las canas, respetable, era lo más frívolo que imaginar se puede; salvo raras excepciones, todos pisoteaban el sagrado pacto amasado con sangre.

Las huelgas parciales se sucedían inintermitentemente. Los obreros eran objeto del ludibrio más abominable que se puede hacer uso; y dado el enorme abuso que con ellos se perpetraba, trinaban en cuantas reuniones celebraba, contra la burguesía indecorosa.

Pero he aquí, que un señor (¡todo un señor!), de estirpe autoritaria, de tipo jayanesco y jacarandoso, y que huelga el nombre porque todos lo conocemos, propónese reventar las organizaciones obreras, y para ello, empieza por llamar a todos los que figuran a la cabeza del proletariado militante de La Unión, y decirles un sin fin de sandeces, estupideces y fanfarronadas; en síntesis, miles de valentonas que no tiene derecho ni hay derecho a decirselas a ningún ciudadano que, dentro del orden social en que vivimos, cumpla con sus deberes.

Pero válido este funcionario del régimen actual, del autoritarismo que posee, pensó en intimidarlos con este u otro correctivo si osaban ¡Oh, pedantería! hacer uso de los derechos que la constitución monárquica concede.

Si hoy ya no, hubo un lapso de tiempo en que por imposición de este petulante heráldico, quedaban manidas muchas cosas que debieran haber sido notorias.

Pero aquel amilanamiento de los que figuraban

(y aún hoy figuran) al frente del proletariado de La Unión, no tenía razón de ser y no pudo seguir más adelante.

Con la gallardía, con la entereza y disposición del que tiene la plena seguridad de que con él se comete un acto indigno, una infamia sin nombre, y, que de tolerarlo claudicaban de la dignidad como societarios y de la vergüenza como hombres, decidieron hacer frente a los torvos ademanes impregnados de jactancia autoritaria conque a cada momento les obsequiaba el ente uniformado, digno mandarín de un régimen bellaco.

EPÍLOGO

Dispénsame tolerante lector, si he omitido involuntariamente algún concepto que pudiera haber sido de utilidad capital para este librito.

Esto y nada más que esto, es cuanto he podido atraer a mi imaginación con inusitados esfuerzos, para poder escribir este inválido librito de trágicas y fúnebres memorias, y darte a ti, lector amigo, una idea exacta y verídica de todas las miserias que la clase productora y necesitada ha pasado, y de todos los crímenes y arbitrariedades que con esta misma clase, hanse perpetrado.

Ni las miserias pasadas, los crímenes cometidos, ni las arbitrariedades perpetradas, han podido carcomer ni a lo sumo, una de las inúmeras pilastras que sostienen a las organizaciones obreras, ni hacer que sus componentes cejen ni en lo más mínimo en la actitud que en un principio adoptaran.

Sinó al contrario: Como todas las vicisitudes y adversidades sufridas son lógica consecuencia de este régimen actual vestuto, y más que vestuto in-

justo, amparador de innúmeras iniquidades, que tolera como el más elevado concepto de la razón y de justicia, la inicua explotación del hombre por el hombre, las organizaciones obreras de este pueblo labrado de bellaquerías, vigorizanse más y más cada día para socavar sus ya carcomidos cimientos y que en un momento dado de presión proletaria, precipitese de una vez y para siempre, en el abismo que el dolor por él sembrado le tiene abierto, en pago a su negra actuación.

A luchar, pues; pero a luchar por el pronto advenimiento de una sociedad más justa y razonable que la actual, donde no tengan nido los que comercian con la miseria de los pueblos, ni hayan vampiros (como el *cartagenero*), que se nutran de sangre inocente.

A. Bernabeu.



PRECIO ACTUAL 60 PTAS.

Nº 000336